

LIBRO TERCERO.

EL CRISTIANISMO Y EL ESTADO.

CAPÍTULO I.

EL FIN DEL MUNDO Y EL CRISTIANISMO.

§ 1. — Jesucristo y el reino de Dios.

I.

El cristianismo es hoy á nuestros ojos como el punto de partida de una inmensa revolucion; Jesucristo abre una era nueva en la cual marcha todavía la humanidad. Contemplamos todavía delante de nosotros un campo inmenso que recorrer en la vía de un progreso continuo. Imbuídos en esta idea, la probabilidad del fin del mundo actual nos inquieta poco. Este momento se aleja, por decirlo así, á medida que avanzamos en la vida, porque cada progreso que realizamos aumenta en otro tanto nuestro poder, ensancha nuestro horizonte; el momento de la consumacion de los siglos retrocede al ver lo que nos falta por hacer para realizar nuestra mision áun sin salir de las condiciones actuales de nuestra existencia. La conviccion de un destino terrestre, cuyo fin no descubrimos, tiene una influencia necesaria en la concepcion de la vida. Tenemos la conciencia de que el género humano tiene por

mision en esta tierra desarrollar las facultades intelectuales y morales que ha recibido del Creador; imaginamos un ideal de perfeccion, al cual no llegaremos, porque nuestros medios son limitados, pero hácia el cual nos dirigimos sin cesar. Perfeccionar al hombre, tal es el fin que nos proponemos. Pero el hombre no está aislado; el vínculo de la solidaridad le une con sus semejantes; las condiciones de la vida física le relacionan con la tierra en que habita.

El perfeccionamiento del individuo no puede, pues, realizarse sino mejorando el medio en que vive; de aquí la importancia de las cuestiones económicas y sociales. Estos intereses absorben hoy á la humanidad; olvidamos que, si bien somos ciudadanos de la tierra, somos tambien miembros de una ciudad más grande, el universo; que nuestra vida actual no és más que un eslabon de una cadena infinita. Las preocupaciones materiales proceden de la falta de una fe religiosa; sin embargo, no es posible negar que estos intereses son legítimos. Al porvenir corresponde reunir en bella armonía todas las fases de la vida. La tierra no debe hacer que el hombre olvide el cielo, pero tampoco el cielo debe hacerle olvidar la tierra.

Este olvido, este desprecio de la tierra, la aspiracion ardiente, exclusiva hácia la *otra vida*, caracterizan al cristianismo, al ménos en la primera fase de su desarrollo. Para los cristianos, el Evangelio no era la profecía, la preparacion de una sociedad nueva: era el anuncio del fin del mundo. Era necesario huir á toda prisa de este mundo corrompido, romper todos los vínculos que unen al hombre con la familia y con el Estado, para poder entrar en el reino de Dios. ¿Para qué contraer matrimonio, para qué dedicarse á la agricultura y al comercio, para qué tomar parte en la gobernacion de la ciudad ó del imperio, cuando de un instante á otro Jesucristo iba á destruir la tierra é inaugurar el reino de los cielos? La tierra desaparecia, y nadie se cuidaba más que de la esperanza del cielo.

Durante siglos vivieron los cristianos bajo el imperio de esta idea. Los Padres de la Iglesia pensaron y obraron bajo esta misma influencia. Se concibe cuál debia ser la concepcion de la vida en una creencia que anunciaba como próxima la muerte universal.

La moral cristiana se resintió de esta influencia; en cuanto al Estado, á los más grandes intereses de los pueblos, el gobierno, la guerra, la paz, el comercio, las relaciones internacionales, fueron descuidados ó alterados. Para explicarse las aberraciones del espiritualismo cristiano es necesario insistir sobre este elemento esencial del cristianismo primitivo. Es un punto capital. Todos los días oímos todavía celebrar la moral evangélica como la prueba más evidente de la divinidad del que la ha predicado. Sin embargo, esta moral está íntimamente relacionada con una creencia evidentemente errónea, la del inmediato fin del mundo; de este error participan no solamente todos los discípulos de Cristo, sino el mismo á quien los cristianos adoran como Hijo de Dios. Si Jesucristo ha creído en el inmediato fin del mundo, ¿á qué queda reducida su divinidad? Si todos los consejos que da á sus discípulos están impregnados en esta falsa idea, ¿á qué se reduce la perfección evangélica? Como se ve la cuestión es vital para el cristianismo. Empecemos por establecer los hechos.

Jesucristo predicó el reino de Dios. En el pensamiento del gran revelador, este reino no podía ser más que un ideal de perfección para la humanidad; los hombres, animados del espíritu divino, no debían ser más que uno bajo la mano de Dios. Así ha entendido la predicación evangélica uno de los evangelistas: «*Habiéndole preguntado los Pariseos cuándo vendría el reino de Dios, les respondió: el reino de Dios no ha de venir de manera que sea sensible á la vista. No podrá decirse aquí está, ó allí está. Porque el reino de Dios está dentro de vosotros*» (1). Sin embargo, es probable que se mezcláran otras ideas con esta concepción moral. Los genios más divinos no pueden evitar la influencia del tiempo y del espacio. Jesús nació en el seno de un pueblo profundamente imbuido en la idea de que había de venir un Mesías á inaugurar una era nueva; concebíase esta época de una manera más ó ménos material; pero según todas las opiniones, el reinado del Mesías había de tener una existencia positiva. Jesús se creyó el Mesías; ¿cómo no había de creer él mismo en una manifestación exterior del reino de Dios que iba anunciando? Los Evangelios manifiestan

(1) LUC., XVII, 20, 21.

tan las esperanzas mesiánicas de Cristo: «*Después de estos días de tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no dará ya luz, las estrellas caerán y las virtudes de los cielos se conmoverán. Entonces aparecerá en el cielo el signo del Hijo del Hombre; entonces llorarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre que viene en las nubes del cielo con gran poder y gran majestad. Y enviará sus ángeles, y con la trompeta y su voz vibrante, reunirán á sus elegidos, que vendrán de los cuatro vientos de la tierra, desde lo alto de los cielos, hasta sus últimas profundidades*» (1).

Era difícil no relacionar estas predicciones con las creencias que agitaban los ánimos. Esto es lo que hace Mateo; da á la venida de Cristo y á su reino un color político y material. Pedro dijo á Jesús: «*Todo lo hemos abandonado por seguirte. ¿Qué recibiremos en cambio?*» Jesús respondió: «*En verdad os digo, porque me habeis seguido, cuando llegue el tiempo de la regeneración, y el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, también vosotros os sentaréis en doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel*» (2).

El reino de Dios anunciado por Jesús había de realizarse en breve plazo. Era imposible precisar la época. Sin embargo, era importante para el éxito de la misión de Jesucristo y de sus apóstoles que la consumación de los siglos fuese temida como inminente. En este sentido habla Cristo á sus discípulos: «*El día y la hora nadie la sabe; ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre solamente.*» «*PERO SE ACERCA EL DÍA; NO PASARÁ ESTA GENERACIÓN SIN QUE TODO SE HAYA CONSUMADO.*» «*En verdad os digo, MUCHOS ESTÁN AQUÍ PRESENTES, QUE NO CONOCERÁN EL SUEÑO DE*

(1) MATEO, XXIV, 29-31. La narración de MARCOS (XIII, 24-27) no difiere de la de MATEO. En el Evangelio de LUCAS desaparece la revolución física que acompaña á la segunda venida de Cristo y es sustituida por *señales*, pero es igualmente positivo respecto de la realización del reino de Dios: «*Y habrá señales en el sol y la luna, y en la estrellas y sobre la tierra, entre las naciones un grande espanto, á causa del ruido confuso del mar y de las olas. Los hombres se secarán de espanto en la expectativa de lo que debe suceder á todo el universo, porque las virtudes de los cielos serán quebrantadas, y entonces verán al Hijo del Hombre sobre una nube, con gran poder y majestad. Cuando empiecen á suceder estas cosas mirad y levantad la cabeza, porque vuestra redención se aproxima*» (LUC., XXI, 25-28).

(2) MATEO, XIX, 28-30.

LA MUERTE ÁNTES DE VER AL HIJO DEL HOMBRE QUE VIENE Á SU REINO.» «*Velad, pues, y orad, para que vuestros corazones no reciban pesar por las cosas de esta vida, y para que aquel día no os sorprenda. Porque vendrá como una red sobre todos los que habitan sobre la haz de la tierra. Y lo que os digo, lo digo á todos: Velad*» (1).

El reino de Dios, cuya inmediata realizacion anunciaba Jesucristo, no ha venido al cabo de diez y ocho siglos. Grande es el apuro de los teólogos con motivo de esta flagrante contradiccion. Basta con dar cuenta de sus explicaciones, que no explican nada, para convencerse de que es imposible eludir el sentido literal. Según unos no se trata del fin del mundo en el Evangelio; Jesucristo predica únicamente la ruina de la nacion judía; en cuanto á las expresiones que señalan una revolucion física, no se las debe tomar á la letra; son imágenes como las que emplean los profetas. Así se explican igualmente estas palabras: «*esta generacion no pasará, etc.*» En efecto, aún no habian pasado cuarenta años cuando Jerusalem fué tomada y arrasada. Según otros intérpretes Jesus ha mezclado los signos que habian de preceder á la devastacion de la Judea con los que han de preceder al fin del mundo y al juicio final. Cuando dice: *no se acabará esta generacion.....* esto quiere decir que la nacion judía no será completamente destruida hasta entónces, y que subsistirá hasta el fin del mundo (2). Compárense estas explicaciones forzadas y contradictorias con los textos, y todo hombre no preocupado comprenderá que han sido inventadas por la necesidad de defender una tésis.

Comprendemos que estas pobres interpretaciones no hayan satisfecho á los espíritus sensatos. Los expositores modernos confiesan francamente la dificultad, y no encuentran para eludirla más que un medio, que es insinuar que los discípulos de Cristo no han entendido á su maestro: imbuidos como estaban, dicen, en las preocupaciones hebraicas acerca del Mesías y de su reino, habrán dado á las palabras de Jesucristo un sentido que concordaba con

(1) MARCOS, XIII, 30-37.—MATHEO, XXIV, 34 y sigs.; XVI, 28.—LUCAS, XXI, 32-36.

(2) BERGIER, *Diccionario de Teología*, v.º *Fin del mundo*.

sus ideas, pero que estaba léjos del pensamiento de aquel que venía á regenerar el mundo, y que seguramente no podia creer que aquella obra inmensa iba á realizarse en unos cuantos años: «*Sabía, dicen, y repetía con frecuencia, que un grano casi imperceptible caído en tierra bien preparada, llegó á formar un árbol poderoso, sin que contribuya á ello la fuerza del hombre, sino únicamente en virtud de la accion, tan segura como insensible, de las fuerzas naturales que Dios ha puesto en el grano y en el medio que lo recibe. Sabía que una pequeñísima cantidad de levadura mezclada á una gran masa de harina amasada, concluye por comunicar sus propiedades al conjunto. La idea del desarrollo lento y progresivo de la humanidad, bajo la accion benéfica del elemento evangélico, está representada en estos dos emblemas de una manera tan clara y trasparente, que por sí solos bastan para probar que el que los ha inventado no puede haber concebido la esperanza de una revolucion súbita, destinada á cambiar la condicion del género humano de una manera brusca y violenta*» (1).

Los escritores cristianos, por sinceros que sean en la investigacion de la verdad, no pueden prescindir de la preocupacion de la divinidad de Jesucristo y de su obra. Indudablemente si es Dios el que habla en el Evangelio, es imposible que haya predicado á un mismo tiempo el fin del mundo y un desarrollo lento de la semilla evangélica. Pero, si las contradicciones son inexplicables tratándose del Hijo de Dios, son muy naturales y en cierto modo necesarias, tratándose de un Hijo del Hombre. Vemos que el mayor de los apóstoles anuncia el fin inmediato de todas las cosas; sin embargo, San Pablo debia conocer la enseñanza de Cristo, debia saber tan bien como él, y aún mejor que su maestro, cuán lentos eran los progresos de la regeneracion, puesto que lo experimentaba diariamente. Hé aquí la misma contradiccion. Hay precision de admitirla en San Pablo y no se la quiere admitir en Cristo. ¿Por qué esta diferencia en la manera de juzgarlos? Porque el uno es un hombre y el otro debe ser un Dios á pesar de la evidencia de sus errores.

(1) REUSS, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 247 y sig.

II.

En vano se pretende huir de esta evidencia que por todas partes nos asalta. No conocemos la predicacion de Jesucristo más que por referencia de sus discípulos. ¿Y qué predicaban los apóstoles? Todos, sin excepcion, lo mismo San Juan que San Pablo, lo mismo Santiago que San Pedro, anuncian la consumacion de los siglos y la próxima realizacion del reino de Dios sobre esta tierra. ¡Cosa notable! Los textos son tan numerosos y presentan tal precision, que los últimos intérpretes no tratan siquiera de eludir el sentido literal (1). Vamos á citar los pasajes más importantes. El lector se admirará como nosotros de que los escritores católicos se hayan atrevido á hacer comentarios sobre palabras tan claras: tanto valdria negar la luz del sol.

La venida de Jesucristo para realizar el reino de Dios constituye, en cierto modo, el fondo de la creencia de los apóstoles. Les preocupa tanto esta idea, que su primera cuestion, despues de la resurreccion de Cristo, es «si restablecerá inmediatamente el reino de Israel» (2). Para ellos la *buena nueva* que anuncian á los pueblos es la próxima realizacion del reino de Dios: «Esperamos, dice San Pedro, segun la promesa de Dios, nuevos cielos y una tierra nueva en que habita la justicia. El fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios y vigilantes en las oraciones.» San Pablo escribe á los Hebreos: «DENTRO DE POCO TIEMPO, EL QUE HA DE VENIR VENDRÁ, Y NO TARDARÁ» (3). Ya es la *postrera hora*, dice San Juan (4). El *Apocalipsis*, el libro canónico más antiguo del cristianismo, es tambien el que mejor expresa las esperanzas y los sentimientos de los cristianos. ¿Y de qué trata este libro famoso? En nuestros dias se ha demostrado hasta la última evidencia que

(1) REUSS, *Historia de la teologia cristiana*, t. II.

(2) *Hechos de los Apóstoles*, I, 5. 6.

(3) II *epistola de PEDRO*, III, 13; I *epistola de PEDRO*, IV, 7. — PABLO, *Hebr.* X, 37; IX, 26; *Rom.* XIII, 11; — I *Corinth.*, I, 7; X, 11; I *Thessal.*, IV, 16, 17; II, 1.

(4) I *epistola de JUAN*, II, 18.

es el cuadro profético del fin del mundo. El nombre mismo de *Apocalipsis* era el término técnico para designar la aparicion milagrosa del Mesías al fin de los tiempos. Habia un considerable número de libros que trataban de este asunto, único que preocupaba los ánimos, puesto que esta creencia era la esencia del cristianismo primitivo. Si el *Apocalipsis* de San Juan ha hecho olvidar los demas, consiste en que es de un discípulo de Cristo. Una cosa inquietaba principalmente á los cristianos, el momento preciso en que habian de realizarse las promesas evangélicas. San Juan creia que aquel momento no podia estar muy léjos: «Las angustias del mundo, los crímenes de los enemigos de Dios, la desolacion de los justos, todo habia llegado á su colmo. Todos los signos precursores de la gran catástrofe aparecian en el horizonte. La generacion á la cual Jesus habia prometido que veria establecerse el reino en su gloria, se acababa. No era posible dudar; la época fatal se aproximaba; el Señor iba á venir muy pronto.» Veinte veces se afirma de la manera más positiva el fin del mundo. El profeta llega hasta determinar la fecha precisa: al cabo de tres años y medio, á partir del dia en que escribe, todo se habrá consumado (1).

Los católicos se han atrevido á negar ¿á que no se atreven? que los primeros cristianos estuviesen imbuidos en la creencia de que el mundo se acercaba á su fin. Para eludir el testimonio de San Juan la Iglesia declaró que aquel libro que llevaba el nombre de *Revelacion* era un libro completamente misterioso, que no podemos entenderlo, si Dios no nos revela sus misterios. Esto es como si, al instruir un proceso, los jueces tapasen la boca á un testigo por temor de que se descubriera la verdad. ¿Cómo no advierten los defensores del cristianismo, que, cuanto más se esfuerzan en ocultar la verdad, tanto más ambigua y dudosa se hace su situacion? Negar hechos evidentes es confesar que estos hechos molestan. Si, á pesar de las negativas, los hechos subsisten, el apuro es mucho mayor. Esto es lo que sucede con la creencia de los apóstoles en el próximo fin del mundo. La venida de Jesucristo, la consumacion

(1) Véase el interesante estudio que REUSS ha consagrado al *Apocalipsis*, en su *Historia de la teologia cristiana*, t. I, p. 429-452.

de las cosas, la felicidad de los santos, tales son los grandes medios que emplean para convertir á los pecadores y para fortificar á los fieles: « El Señor, dice San Pedro, no retrasa el cumplimiento de su promesa, como algunos creen, sino que tiene paciencia con nosotros, porque no quiere que perezca ninguno, sino que todos se arrepientan. El Día del Señor llegará como llega un ladrón durante la noche; y en aquel día los cielos pasarán con el ruido de una tempestad espantosa, y los elementos abrasados se disolverán, la tierra arderá totalmente con todo lo que contiene. Si, pues, todas estas cosas se han de disolver, ¿cuál deberá ser vuestra santa conducta y vuestras obras de piedad? » (1). A veces los apóstoles se veían precisados á moderar el ardor impaciente de los fieles; el reino de Dios iba tardando demasiado: « Esperad con paciencia, les dice Santiago, el hermano de Cristo; ya veis cómo el labrador espera con paciencia el precioso fruto de la tierra..... Pues lo mismo vosotros, esperad con paciencia y fortificad vuestros corazones, porque se acerca el advenimiento del Señor » (2). A veces los neófitos se asustaban del próximo advenimiento de su juez; San Pablo les escribe para tranquilizarlos: « Os recomiendo, hermanos míos, que no os dejéis atemorizar por vuestros propios pensamientos, y que no os asustéis por alguna inspiración, ó por palabras, ó por alguna carta que se os diga procede de mí, como si se acercase el día de Cristo. Porque este día no vendrá sin que ántes haya llegado el trastorno y sin que se haya visto aparecer al hombre del pecado, al hijo de perdición. » (El Antecristo) (3).

III.

No vale ciertamente la pena de mencionar las interpretaciones que los escritores ortodoxos han dado de estos pasajes. Para todo el que no cierra voluntariamente los ojos á la evidencia, es claro como la luz que Jesucristo y sus apóstoles han predicado la inmediata realización del reino de Dios en esta tierra. Esta era la *bue-*

(1) *Epístola de SAN PEDRO*, III, 9-11.

(2) *SANTIAGO*, V, 7-10.

(3) *PABLO, Thesal.*, II, 2-4.

na nueva que anunciaban al mundo; para prepararse para aquel día terrible exhortaban á los creyentes á la penitencia. El cristianismo primitivo no es más que esta creencia. Nos queda todavía otro orden de testimonios igualmente concluyentes. Y es que durante siglos los cristianos esperaron de un día para otro el advenimiento de Cristo para inaugurar el reino de Dios. Y esta esperanza no era únicamente la fe de la generalidad de los fieles; participaban de ella aquellos á quienes la Iglesia honra como sus Padres. Si, pues, los escritores ortodoxos quieren obstinarse en sostener que Jesucristo no ha anunciado la inmediata realización del reino de Dios, tienen que confesar que sus discípulos, incluso San Pablo y San Juan, que los Padres de la Iglesia durante tres ó cuatro siglos han predicado como doctrina evangélica errores que nada tienen que ver con Cristo. ¿Qué hemos de pensar de semejantes discípulos sino que son unos simples? Y, si no se quiere hacer pasar por necios á los apóstoles y á los Padres, no queda más recurso que admitir que han entendido bien á Cristo. ¡De modo que la predicación evangélica, que se quisiera exaltar como un ideal, al cual la humanidad no puede llegar, se funda sencillamente en un error bastante grosero!

Los cristianos, atentos á los signos que habían de preceder á la venida de Cristo, veían en todos los sucesos notables anuncios del fin del mundo. En cuanto estallaba una persecución violenta, los fieles creían llegado el día de la consumación final (1). Nerón fué considerado como el Antecristo (2). Las herejías, que desgarraron á la Iglesia naciente, aterraron á los cristianos más aún que el furor de los paganos. En la larga lucha del arrianismo contra la fe de Nicea, los católicos, desesperanzados de volver á conseguir la paz y la unión, esperaron con ansiedad la venida de Jesucristo; creían que solamente el Hijo de Dios podía reprimir á los audaces sectarios que negaban su divinidad (3).

(1) *BARON., Annal. Eccl. ad ann. 255*, § 46. *C. EUSEB., Hist. Eccl.*, VI, 7.

(2) *AUGUSTIN., De Civ. Dei*, XX, 19.

(3) En numerosos pasajes de *SAN ATANASIO* se ve que el arrianismo era considerado como un signo precursor del fin del mundo (*C. ARIAN.*, I, 7). Constancio el fogoso arriano, el perseguidor de los católicos, parecía reunir todas las señales del Antecristo (*ATHANAS., Hist. Arianor.*, c. 74).